

traía, más caminaba a pie con ellos; porque en aquel tiempo todos los religiosos de las tres órdenes, aunque fuesen prelados superiores, andaban a pie y muchos de ellos descalzos. Los religiosos, con mucha importunación, le rogaban que subiese en la bestia, pues para eso la llevaba, y que no convenía que una persona de su edad y dignidad se igualase con ellos. A lo cual les respondía, que pues los siervos de Dios andaban a pie, no era justo que él en su compañía anduviese a caballo. Supo este santo varón el día y hora de su muerte, y díjolo a muchos; y como candela, que cuando se acaba da mayores resplandores, así doblaba los trabajos en todo, castigando más su cuerpo y reduciéndolo a servidumbre (como dice el Apóstol) porque sabía que en premio de estos humanos servicios, le había de enriquecer Dios con riquezas de el cielo y hacerle libre de el pesado y cargoso tributo, y pecho que pagan los desventurados hombres en el infierno. Y considerando que pasarían algunos años, después de su muerte, antes que viniese otro prelado que pudiese confirmar, mandó dar aviso por todos los pueblos de la comarca de Mexico, para que en aquella ciudad se viniesen a confirmar los que no se hubiesen confirmado y a recibir el olio santo y crisma los que no lo habían recibido, cuando se bautizaron, que eran muchos; los cuales juntos en la solemne capilla de San Joseph, que está en el patio de el monasterio de San Francisco, confirmó y puso la crisma, y olio santo, a los que no lo habían recibido, ayudándole, en estos actos, muchos sacerdotes que se hallaron presentes.

CAPÍTULO XXXII. *Con cuánta dificultad aceptó la dignidad arzobispal el santo fray Juan de Zumárraga, y de su bienaventurada muerte y sentimiento que por él hizo toda la ciudad*



A SE HABÍAN PASADO CUARENTA Y SEIS AÑOS de la conquista de esta tierra, y veinte y siete que había obispos en ella, habiendo sido el eruditísimo varón don fray Julián Garcés el primero de Tlaxcalla, y este santo fray Juan, de Mexico y otros en otras partes, con que las Indias estaban ilustradas; pero para que de todo punto lo estuviese la dignidad eclesiástica faltaba arzobispo, y este cuidado, aunque ninguno de los de acá le tenían, porque cada cual estaba contento con su suerte, le tuvo muy grande el gloriosísimo emperador, que como padre de estas gentes, trabajaba por magnificarles el reino, impetró de la Silla Apostólica, Bulas para que fray Juan de Zumárraga, que era obispo de Mexico, fuese arzobispo, por ser prelado de la ciudad imperial de el reino mexicano. Éstas le vinieron con cartas de el mismo emperador, las cuales recibió en el pueblo de Ocuituco, pocos días después de lo referido en el fin de el capítulo pasado, donde estaba confirmando; porque como decimos, viéndose tan viejo y cercano a la muerte, trabajaba en este ministerio con la continuación que a los principios, cuando vino a la tierra de la Nueva España. Estos nuevos

recados le pusieron en grande angustia; porque él, por su mucha humildad, no quería aceptar esta dignidad, diciendo, que aun para la que tenía de obispo no era digno, cuanto más para otra superior. Los religiosos de todas las órdenes, por otra parte, le aconsejaban que la aceptase, si no eran dos, de quien él hacía mucha cuenta. Y habiéndose vuelto de el pueblo de Ocuituco a Mexico, y estando perplejo y dudoso en lo que haría, porque los ciudadanos de Mexico no le fuesen a importunar que aceptase la nueva dignidad, acordó de partirse para un pueblo que se llama Tepetlaoztoc, que dista de Mexico ocho leguas, donde a la sazón era morador su muy íntimo amigo y siervo de Dios fray Domingo de Betanzos, de la orden de los predicadores, en cuyas manos, como lo decía el bendito pontífice, deseaba morir.

Salió de Mexico, víspera de Pascua de Espíritu Santo, después de media noche, y dióse tanta prisa a caminar en un jumento, harto humilde, de que siempre usaba, que llegó a las nueve de el día al dicho pueblo de Tepetlaoztoc, donde fue alegremente recibido de los religiosos de el monasterio. Diéronle allí, al tiempo de el comer, un poco de vino, mas por muchos ruegos y persuasiones que para ello le hicieron, no pudieron acabar con él que lo bebiese, aunque la necesidad que traía era grande, por su vejez y cansancio. Esto hizo porque sabía este apostólico varón que los religiosos de aquel convento no lo habían de beber, y por no tenerse por más digno que ellos, no lo quiso hacer; tanto como esto era recatado en el buen ejemplo y huía de la singularidad, temiendo santamente no parecer más que otro, en el trato, ya que se conocía por menor que todos, en la humildad, de lo que de sí mismo sentía. Y bien apartado estaba de este templadísimo y abstinentísimo varón, el temor de San Pablo,¹ que dice a los que lo beben, que huían de su demasía, porque en él está la destemplanza y soltura, en la carnal torpeza. Estuvo allí cuatro días, platicando y confiriendo sobre si aceptaría o no la dignidad de arzobispo; y en ellos confirmó 14 500 indios, trabajo muy excesivo para hombre de tanta edad, que pasaba de ochenta años. Esto certificó el vicario que entonces era de aquel monasterio, porque hizo contar las vendas de los confirmados.

El jueves siguiente, después de Pascua, le dio su mal de orina, de que era muy apasionado y púsolo en tanto aprieto que tuvo necesidad de volverse a la ciudad, donde Dios quería, que muriese. Vino con él su muy grande amigo, fray Domingo de Betanzos, que como deseaba morir en sus brazos, parece que quiso Dios cumplirle sus deseos, obligándole a que fuese por él a su casa. Fue creciendo el mal y afligiéndole la orina, que en mucha edad es muy trabajosa, en especial apoderada de un cuerpo tan sin regalo, y hecho a sufrir trabajos continuos; y una hora antes que muriese dijo a los religiosos que con él estaban: ¡Oh padres, cuan diferente es verse el hombre en el artículo de la muerte o hablar de ella, porque en aquel paso el más justo teme y le parece difícil la jornada! Esto mismo vemos en el santo abad Hilarión, que murió de la misma edad que nuestro santo obispo,

¹ Ad Ephes. 5.

que llegándosele la hora y afligiéndosele el alma de verse morir, le dijo: Sal, ¿qué temes?, sal, ánima mía, ¿qué dudas? Has servido a Dios casi setenta años y temes de morir? Pues cierto es que era santo este venerable abad; pero la hora de la muerte es tan rigurosa, que a los muy santos hace temblar la barba y afligírseles el corazón, y con este sentimiento debió de decir las este santo obispo. Palabras son, pues, éstas, que deben causar espanto a todos aquellos que no sólo no se disponen a morir, pero ni aun se acuerdan que son mortales, ni que han de llegar a verse en el mismo paso. Porque si este apostólico varón, que toda su vida la había gastado en componer sus causas para el buen despacho de ellas, en esta hora teme el haber de desenvolverlas en la sala y tribunal de Dios, ¿qué hará el que no las ha ajustado, ni tiene libro de gasto, teniendo en su alma el de el recibo de tantas mercedes y beneficios, como de Dios ha recibido? Acordábase este escrupulosísimo prelado, que dice San Pablo, que es trabajosa carga el serlo, y que deben velar mucho por la grey encomendada porque son pastores y están obligados a dar cuenta de sus ovejas y mirar que ninguna se lleve el lobo de el infierno, por negligencia y descuido suyo; y que si así no se hace es caso horrendo y crudo, como dice San Pablo,² caer en las manos de Dios vivo, que es decir, Dios enojado, a diferencia de Dios muerto, que es puesto en una cruz, haciendo a todos misericordia,

Recibió los sacramentos de la eucaristía, y extremaunción, y luego dio su alma a Dios diciendo aquellas palabras que Cristo dijo en la cruz, pasando de esta vida caduca y mortal a la soberana y eterna: *In Manus tuas Domine commendo spiritum meum*; en los brazos de el apostólico varón fray Domingo, cumpliéndole Dios el deseo que tenía de verse morir en ellos, pudiendo decir en su glorioso tránsito: *Non sum fraudatus a desiderio meo*, que no había sido defraudado en su deseo, a diferencia de el otro apostólico varón, mi padre, fray Martín de Valencia, que deseando morir mártir, y creyéndolo así (como en su historia vimos) no murió, sino en el embarcadero de Chalco, donde dijo las mismas palabras, añadiendo al principio: *Fraudatus sum*, defraudado me han mis esperanzas, y mi pensamiento ha estado trocado; pero Dios, que así lo ordenó, sabe lo más acertado de estos fines y llevó al primer prelado de la religiosísima orden de mi seráfico padre San Francisco, el santo fray Martín de Valencia, en aquel desierto para darle su gloria y, a este primer pontífice mexicano, nuevamente electo en arzobispo, desde su humilde y pobre cama, en los brazos de este su especial y caro amigo, que no lo desamparó, hasta que murió bienaventuradamente. Fue su tránsito domingo, después de la fiesta de el Corpus Cristi, a las nueve de la mañana, año de 1548, estando con todo su juicio, sin turbación alguna y siendo de edad de más de ochenta años, como hemos dicho. Mandóse enterrar en el monasterio de San Francisco, con los frailes, sus hermanos. Pero por haber sido el primer prelado de la iglesia de Mexico y tan apostólico, no consintió la clerecía de ella carecer de tan santa reliquia y así le enterraron en la iglesia mayor, a la puerta de el sagrario, junto al

² Ad Heb. 10.

altar mayor, a la parte de el evangelio; que no se le pudo dar otro sepulcro más preeminente.

Su muerte se supo, milagrosamente, aquel mismo día por toda la comarca de Mexico y se hizo espantoso llanto en todas las ciudades y pueblos, y todos se cubrieron de luto. Fue mucha la gente que concurrió a su sepultura, y con tantas lágrimas y sollozos de los religiosos y clérigos fue sepultado, que no se podrían hacer los oficios acostumbrados. Jamás fue visto tan doloroso sentimiento por prelado. El virrey y oficiales de la Real Audiencia estuvieron a su entierro, vestidos de loras negras, dando muchos gemidos y suspiros que no los podían disimular. El llanto y alarido de el pueblo era tan grande y espantoso que parecía ser llegado el día de el juicio. Nuestro Señor ha hecho algunos milagros por su siervo, después de su muerte. El más auténtico es que, algunos años antes de su muerte, había vedado el apostólico varón, por causas justas que le movieron los bailes y danzas profanas y representaciones poco honestas, que se hacían en la procesión general de la fiesta de Corpus Cristi, donde tanta atención y reverencia se requiere. Y aun para dejar más fundada esta reformación, juntamente con una muy provechosa doctrina cristiana que él mismo compuso, hizo imprimir un tratado de Dionisio Cartujano, de el modo como se deben hacer las procesiones, con reverencia y devoción. Y después de muerto el siervo de Dios, en sede vacante, pareció a algunos de los de el cabildo que se tornasen a hacer aquellas farsas y bailes que antes se hacían. Estando pues ya aparejados los representantes y todo a punto, el mismo día de la sagrada fiesta, por la mañana llovió, en tanta manera que no fue posible hacerse la procesión acostumbrada por las calles, como se suele hacer. Visto por el cabildo de la iglesia y advirtiendo que aquello era permisión divina por haber tenido en poco el mandato de el varón santo, determinaron que de allí adelante no se hiciesen aquellos juegos y danzas; y así se guardó todo el tiempo de la sede vacante, que fueron seis años, aunque después acá se han vuelto a introducir ésas y otras muchas cosas. Escribió este santo obispo una carta al ministro general, y a todos los demás padres vocales de la orden de los frailes menores, que se congregaron en capítulo general en la ciudad de Tolosa, de Francia, año de 1532; la cual, para que el cristiano lector alabe a Dios, viendo el fruto que aquellos santos religiosos, en aquel tiempo hacían, se tradujo de latín en romance, y es la que se sigue:

